

La destrucción del patrimonio en la antigua yugoslavia

Juan Fco.Noguera
Fernando Vegas



Todas las mañanas cuando leo el periódico.

Me asomo a mi agujero pequeñito.
Fuera suena el mundo, sus números, su prisa,
sus furias que dan a una su zumba y su lamento.
Y escucho. No lo entiendo.

Los hombres amarillos, los negros o los blancos,
la Bolsa, las escuadras, los partidos, la guerra:
largas filas de hombres cayendo de uno en uno.
Los cuento. No lo entiendo.

Levantán sus banderas, sus sonrisas, sus dientes,
sus tanques, su avaricia, sus cálculos, sus vientres,
y una belleza ofrece su sexo a la violencia.
Lo veo. No lo creo.

Yo tengo mi agujero oscuro y calentito.
Si miro hacia lo alto, veo un poco de cielo.
Puedo dormir, comer, soñar con Dios, rascarme.
El resto no lo entiendo.

GABRIEL CELAYA

Para los que realizamos esta revista, la convivencia pacífica es el estado natural de la sociedad. Somos inocentemente ignorantes del insólito don de no haber padecido jamás los horrores de una guerra. Probablemente, hasta donde la memoria alcanza, no conocemos otra generación, que haya gozado de idéntico privilegio. Sin embargo, para otros habitantes de nuestro complejo y entrañable mundo la realidad difiere muy sensiblemente. Incluso en la misma Europa, ciudadanos y niños de Vukovar, Osijek, Sarajevo, Dubrovnik, Mostar, etc., que vivían pacíficamente, en los últimos años han conocido el odio y la deshumanización bélica. Desde estas páginas les pedimos disculpas por hablar de guerra sin saber lo que es. Nuestra realidad televisiva se confunde con la realidad virtual. La pantalla no nos hiera. No sufrimos el desgarrar de la muerte ni percibimos el hedor en los asesinos. Tampoco se nos impone la dolorosa experiencia



de abandonar nuestros bienes, para emprender heridos una deportación masiva de incierto retorno. Incluso, la paz, a pesar de su fragilidad, la imaginamos como un final tardío pero feliz, sin reparar en todos aquellos, a los que su personal desgracia les ha sumido en un infranqueable abismo de amargura. La paz es un sueño demasiado lejano. La paz no basta con firmarla, queda lo más difícil, construirla, pero por desgracia la obligada excavación antes de los cimientos está destapando demasiada iniquidad.

Fotografías

1. La guerra en la antigua Yugoslavia ha hecho uso de todo tipo de armas para destrozar el patrimonio arquitectónico, y con él la memoria histórica de los pueblos autóctonos.
2. La violencia de los impactos ha sido suficiente en algunos casos para arruinar todo un edificio.
3. Las bombas no sólo han dañado los edificios públicos. También los barrios residenciales de los centros históricos se han visto afectados.



Nuestra intención es, respetando el dolor, aportar un sencillo testimonio de nuestra solidaridad con las víctimas, las de carne, nervios y sentimientos, en primer lugar. Después, con las otras: la tolerancia, el respeto, el amor, la ciudadanía, la vecindad, la identidad de un pueblo, la memoria...y, desde este medio cultural, con el patrimonio, que en el caso de Croacia y Bosnia-Herzegovina, ha experimentado una dramática destrucción.

Se ha hablado de urbicidio, asesinato ritual de ciudades, genocidio físico y cultural, sistemática destrucción, aniquilación genética, etc. porque la destrucción del territorio ha ido especialmente dirigida al patrimonio de las ideas, de los genes, de las piedras. No ha obedecido a estrategias de dominio físico, sino a una premeditada aniquilación de la "identidad" de un pueblo. Quienes planearon la destrucción sistemática de ciudades como Sarajevo, con obuses, metralla o granadas incendiarias contra su Biblioteca Nacional y Universitaria, la Mezquita Blanca, la mezquita de Cheick-Magrib, el Mesdjid de Tebats, la Mezquita y Biblioteca Gazi Husref-Bey, la iglesia parroquial de la Asunción de la Virgen, la villa Mandic, museo de los Juegos Olímpicos de invierno, el edificio de Correos y telégrafos, el Liceo Técnico, etc. buscaban borrar toda huella de la memoria de un pueblo, depositada en su patrimonio escrito y construido.

La guerra, además de las víctimas, -Amra Hadzimuhamedove, ministra de Planificación Territorial en Bosnia-Herzegovina, en la Cumbre del Hábitat de Estambul, las ha cifrado en 200.000 muertos, de los cuales 17.000 eran niños-, ha destruido de forma irreversible demasiadas cosas. Sólo entre el 25 y el 27 de agosto de 1992, se perdieron un millón y medio de volúmenes y 150.000 manuscritos, en la Biblioteca Nacional en Sarajevo. Sin embargo quedan otras obras valiosas, que, aunque muy dañadas, hay que salvar. Es preciso redoblar esfuerzos para no renunciar a ellas y emprender el difícil camino de su recuperación. Según la prensa española¹, 500 aldeas totalmente arrasadas y 57 ciudades resultaron seriamente dañadas. Ellas deberán ser objeto de un cuidadoso trabajo de reconstrucción siguiendo una línea de escrupuloso respeto al pasado.

En 1993, Bogdan Bogdanovic, arquitecto y antiguo alcalde de Belgrado, se indignaba de la manifiesta intención de Serbia de reconstruir según "un estilo serbo-bizantino, inexistente, la bella ciudad croata, barroca, de Vukovar", totalmente arrasada en otoño de 1991².

Acabada la guerra, no resulta extraño leer testimonios de gentes humildes que "deseando volver lo más rápido a sus casas, desean reconstruirlas en hormigón, como los hoteles de la costa donde se refugiaron"³. No les preocupa tanto las trazas de su pasado, como la inseguridad de sus construcciones vernáculas y tradicionales.

Falsos nacionalismos, o la urgencia natural de dejar atrás el traumatismo de la guerra, no son las mejores circunstancias para afrontar, serenamente, la reconstrucción de un patrimonio popular y monumental.

Claire Lagrange ha escrito acerca de las villas de Dubrovadcko Primorje, en las que "a pesar de la buena voluntad de las autoridades, a pesar del interés otorgado a su patrimonio vernacular por profesionales de la arquitectura y de los monumentos históricos, a pesar de los estudios realizados por la Oficina de reconstrucción del Ayuntamiento, a pesar de la existencia de arquitectos, de cuya competencia no hay duda, a pesar del saber hacer de algunos compañeros y obreros cualificados enviados a Slano por la ONG francesa Mains sans frontières', son numerosos los obstáculos para una reconstrucción de calidad"⁴.



Fotografías

4. La Biblioteca Nacional y Universitaria de Sarajevo (antes el Ayuntamiento de la ciudad) es un edificio del periodo austro-húngaro que ha constituido desde siempre un símbolo para la ciudad.

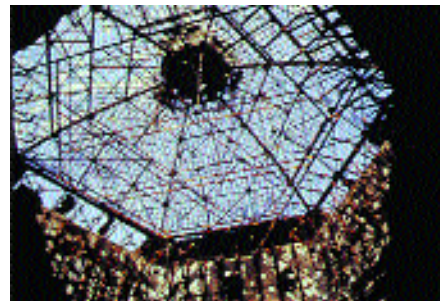
5. Las bombas incendiarias han convertido la Biblioteca Nacional y Universitaria de Sarajevo en un contenedor vacío y desolado, reduciendo la mayor parte de sus fondos a cenizas.



Cabe esperar que la Comunidad Europea intente limpiar su mala conciencia con ayudas económicas y humanitarias, y que organizaciones no gubernamentales lleven su saber hacer, su ayuda moral y humana para reconstruir los restos de un patrimonio, que si bien fue esquilado en anteriores contiendas, gozaba de una riqueza tal como para alcanzar la dignidad de patrimonio de la humanidad, como fue el caso de Dubrovnik.

En este momento nos enfrentamos a una nueva prueba de fuego de conceptos, teorías, posturas ideológicas contrapuestas, técnicas y materiales, que corren el peligro de evaporarse y confundirse con el humo de la recién apagada hoguera de la guerra, caso de carecer de la suficiente consistencia. El recuerdo de la reconstrucción de Varsovia todavía no se ha olvidado.

Nos encontramos ante una nueva oportunidad, similar a la planteada tras acabar la Segunda Guerra Mundial, para, superando consideraciones teóricas importadas de otros ambientes y circunstancias, procer a un auténtico conocimiento de la plural identidad de unos pueblos y de su patrimonio. Es el momento de promover la recuperación y desarrollo de sus sistemas constructivos vernáculos y artesanales, en coherencia con una mano de obra y materiales del lugar, sin dejar de lado la necesaria modernización. Procede, en consecuencia, rechazar tanto las falsas operaciones de cosmética turística, como la utilización masiva de sistemas constructivos y componentes industrializados importados de las fábricas del resto de Europa, que, subliminalmente, terminen la obra de destrucción, comenzada en la guerra, de unas señas de identidad arquitectónicas.



Hay muchas tareas urgentes a emprender. Abrir y explotar, de nuevo, canteras de piedra cerradas en la guerra, fabricar de nuevo las redondas tejas en tierra cocida, trabajar la madera, recuperar los bosques, perfeccionar carpinterías de taller, estudiar, utilizar y mejorar los elementos tipológicos de la arquitectura local, coordinar esfuerzos, formar nuevos artesanos, modernizar el hábitat, etc.

En cuanto al patrimonio monumental, no se trata de caer en la trampa de dar recetas generales. Únicamente, invocar que conceptos como los de autenticidad e identidad, armonía, coherencia constructiva, etc. -tratados en artículos de esta misma revista-, deben estar presentes a la hora de razonar la restauración de las masacradas repúblicas de Croacia y Bosnia-Herzegovina.

Notas:

1. El País, 12 de junio de 1996.
2. Citado por François Chaslin: "Ex-Yugoslavie. Une purification monumentale", en URBANISME, n° 281, 1995.
3. Claire Lagrange: "Urgence et pénurie. Dubrovnik panse ses plaies", en URBANISME n° 281, 1995.
4. Claire Lagrange: Art. cit. Además de la citada organización, Patrimonio sin fronteras fue creado en 1992, reagrupando a profesionales de distintos medios con un objetivo: propiciar y dirigir operaciones de salvaguarda del patrimonio cultural internacional.

Fotografías

6. Después de los ataques ensañados sobre el edificio, apenas si quedó rastro alguno ya de la rica decoración arquitectónica de la Biblioteca Nacional y Universitaria de Sarajevo.
7. Detalle de la cúpula incendiada de la Biblioteca Nacional y Universitaria de Sarajevo.
8. La voladura sistemática de todas las manzanas del centro histórico de Varsovia durante la segunda guerra mundial fue tan eficaz que su reconstrucción tras el conflicto se prolongó en el tiempo hasta principios de los años ochenta.

